

de Vidarba, ha convocado a todos los grandes de la India para que la princesa elija su compañero. Mas he ahí que no sólo príncipes, sino dioses también concurren al amoroso certamen de la gallardía y la belleza varonil. Nalo mismo los halla en el camino, y los propios dioses le participan su designio: «¡Oh!, Nalo. Enamorados de Damayanti, henos aquí ansiosos de su elección. Anda de parte nuestra, y pide para alguno de nosotros la mano de Damayanti». Así lo atan a la obediencia religiosa, y Nalo lleva el mensaje, que es su muerte. Pero Damayanti jura que ha saber burlar con su astucia a los dioses.

14.—No, no es fácil. Cinco de entre ellos tienen ahora las mismas formas y las mismas vestiduras de Nalo. Si no es la humana tristeza de su mirada, cosa alguna diferencia a Nalo de sus resplandecientes rivales. Ya avanza, ya avanza la triste Damayanti. Pero pronto se adivinan entre sí las tristezas de los que se aman; de suerte que Damayanti reconoce a Nalo entre todos los dioses, y lo elige para esposo.

15.—A lo que él responde: «¡Oh!, Dayamanti. ¿Por qué me has escogido, cuando hay dioses que aspiran a tu mano? Alza tu pensamiento y tus miradas hacia uno de esos custodios del mundo. Oponerse a la voluntad de los númenes, no es más que provocar a la muerte». Y ella contesta, simple y maravillosamente: «Adoro y venero a los dioses; pero sólo a ti amo».

16.—Y se celebraron las bodas. Y fueron felices un año y otro año y otro año más.

17.—Mas he aquí ahora que dos terribles demonios se habían enamorado también de Damayanti, y juraron vengarse de su desdén. Vedlos ahí cómo corren a destruir el hogar de Nalo. Ved ahí cómo encienden rabiosos en el corazón del príncipe la pasión arrebatada del juego.

18.—Nalo juega. Nalo pierde. Nalo pasa los días y las noches jugando. Nalo pierde sus posesiones y sus dominios. Nalo pierde sus joyas, y hasta las joyas de Damayanti. Nalo pierde su manto y su vestido, y hasta el manto y los vestidos de Damayanti. Nalo ha caído



Para Joaquín García Monge, en San José de Costa Rica:

*Cumpliendo con la resolución unánime de los desterrados peruanos de ofrecer nuestro contingente de sangre a la causa de la libertad de Nicaragua, que es la causa de la libertad de América Latina, parto con dirección a las montañas nicaragüenses. Seguros de que el pueblo peruano nos acompaña con su adhesión y con su fervor, ninguna actitud mejor que ésta podía desautorizar la postura de la delegación de Legula en la VI Conferencia. Siga usted indismayable en el camino de apostolado que bordea sincera y lealmente.*

*Mis manos,*

Esteban Pavletich

México, D. F.

en la abyección y en la miseria. Pero Damayanti lo sigue, más fiel que si fuera la sombra de su cuerpo.

19.—Han hecho una gran jornada por el bosque; tan dura, que Damayanti, en el límite extremo de la fatiga, se ha dormido. Nalo la ve dormirse, y como quiera que un demonio se ha apoderado de él, he ahí un pensamiento horrible en su alma: el pensamiento de abandonar a Damayanti en la soledad de la selva. Lo piensa y lo hace.

20.—Esto ha pasado en el bosque de los espantos, de no-

che. Al nuevo día, Damayanti, en andrajos, llama en vano a su compañero. En su dolor, sus ideas se vuelven delirantes y locas. Pero, cosa sublime: no hay palabra suya que lo acuse ni lo injurie; ella sabe que Nalo no la abandonó por su gusto; ella sabe que un demonio se apoderó seguramente del alma de Nalo. Sufre como quien más sufrió, pero sufre por él, no por ella, pensando en los remordimientos que habrán de roer mañana el corazón del pobre Nalo que sin duda yerra siniestra y miserablemente por el bosque, perseguido sin descanso por la desesperación.

Arturo Capdevilla

21.—Y un día, Damayanti se topó con una caravana de mercaderes, los cuales, tocados de la piedad, acabaron por llevársela consigo. Pero esa misma noche la caravana fue asaltada en el bosque por una manada de elefantes salvajes, que cayeron como una borrasca sobre los viajeros. Desgarrados, magullados, deshechos, éstos mueren, aquéllos quedan malheridos. Y como amaneció, los viajeros se decían, los unos a los otros: «Esta mujer cubierta de harapos, está insensata, este demonio hembra, errante entre las tinieblas, es la que atrajo sobre nosotros la desventura». Y añadían: «¡Ea, degollémosla!».

22.—No la degüellan, a la verdad; pero la dejan sola, abandonada al destino de las pobres criaturas errantes. Y es lo cierto que en su desnudez y en su hambre, Damayanti sigue siendo bella. Hasta las serpientes se enamoran de esa diosa en la selva. Y si un tigre, acaso, se adelanta en la floresta para devorarla, luego se echa a sus pies, como una almohada de mansedumbre, vencido por la santidad de aquella esposa fidelísima que va diciendo sin cesar: «Pertenezco a Nalo, solamente a Nalo». Mata con la mirada al que osa desearla. Así dió muerte a un cazador. Y dijo a la tierra y a los cielos: «De este modo perecerán todos los que osen profanar con un mal deseo a la esposa de Nalo».

23.—Así va cruzando la negra selva. Menos mal que en lo negro de la floresta hay monasterios de buenos brahmanes, donde los buenos brahmanes predicen el retorno de la felicidad.

24.—Y un día retornó la felicidad para Nalo y Damayanti conforme los brahmanes lo predijeron. Y aquellas dos almas tanto tiempo separadas, formaron otra vez un solo espíritu. Y Nalo encontró abundante el perdón; el perdón del amor que purifica de todas las culpas.

25.—Y ni soy el primero que ha contado la historia de Damayanti, ni seré el último; porque cosa igual a la historia de su fidelidad perfecta no se vió ni se verá; ni en todo lo pasado de lo pasado, ni en todo lo venidero de lo venidero.